



# LA OFRENDA DE SANGRE

## DEL CATOLICISMO HISPANICO

### EN \* LA \* GUERRA \* ESPAÑOLA

Por SANTOS BEGUIRISTAIN

**A**YER, hoy, siempre, la conciencia católica española es entusiasta y proselitista. No nos comprenderán jamás los que asientan la convivencia de los más heterogéneos credos en una tranquila concepción de la ciudad, tolerante y aséptica. La cruz es, entre nosotros, bandera. Y el testimonio de Cristo, necesidad. No sabemos desnudar el engranaje político de sus hábitos sagrados. Ni entendemos que se pueda renunciar a la verdad religiosa en las Instituciones de la cultura, de la beneficencia, de la justicia... No nos arredra la lucha cuando el horizonte amenaza borrasca; ni el oleaje del odio o de la sangre nos hace recular. Y vamos ofreciendo al cielo, siglo a siglo, nuestras rosas de pasión, sellando con vidas el claro ideal.

En la contienda española de 1936 cabía estudiar la motivación religiosa del gesto viril lanzado a la palestra para devolver la orientación sagrada a la vida:

"Yo moriré porque el combate es duro y el arma desigual. Pero viviréis vosotros, otra vez en la calma regida por las campanas; dando a los niños esperanza y a la existencia sentido. Bien vale la pena de adelantar la hora de gozar el cielo, para que el mundo siga floreciendo a la sombra de la Cruz..."

Con toda la limitación de las humanas empresas, aun las más altamente entonadas; con las intersecciones de elementos bastardos que no cabe elidir en esta tierra fangosa; pero así fué la conmoción española que nos tocó vivir.

Con todo, el tema martirial debe desentrañarse, por su



peculiar grandiosidad. Ha de quedar constancia en los anales del catolicismo español de este nuevo riego de sangre, que dieron sus mejores a la vieja planta cansada de cosechas.

Queremos exaltar más que a los que sucumbieron, arma al brazo, gritando la alabanza de Cristo, a los que soportaron pacientes el tormento, la mutilación, la agonía, exclusivamente por llamarse discípulos del Crucificado.

Como en los días romanos, cuando Prudencio tejía las primeras coronas. Como cuando Almanzor hacía hervir de sangre los claustros tranquilos. Como en el trepidante siglo XIX, tantas veces entretenido en matanzas de frailes. Pero más, mucho más. Porque ahora el infierno concentró su esfuerzo y agarró en tenaza a la Patria casi entera, desde Asturias hasta Málaga, desde Gerona hasta Toledo... Y se enfrentó con el hecho religioso español, en su soberano conjunto, anhelando arrancarlo de cuajo. Primeramente con la grandiosidad de los templos, para hacerlos montonera de ruinas sacrílegas. Hacinando retablos de maravilla, imágenes de pasmo, todo el tesoro litúrgico de un pueblo saturado de la pasión artística sagrada. Y todo ardió en piras espantables.

La serena majestad de la iglesia medieval o barroca, hecha establo maloliente, o sala de espectáculos, o garaje. Los muros gritando blasfemias. El fuego de las cocinas en el recinto del presbiterio. Y las bestias acomodadas en las naves...

Pero lo que conmueve el corazón hasta las lágrimas es la procesión española de las víctimas consagradas. Presidiendo los múltiples testimonios hasta la sangre, que dieron por Cristo legiones de varones esforzados, van trece obispos fulgurantes, casi cinco mil sacerdotes diocesanos, más de dos mil religiosos, doscientas vírgenes de Cristo...

No cabe hablar aquí de azares de la contienda, ni de un afán defensivo contra la posible acometida de la retaguardia enemiga. Se pretendía precisamente aniquilar el catolicismo, por eliminación colectiva de sus representantes más gloriosos.

Y así los hombres de la Iglesia fueron cazados con perros y buscados con engaño; desposeídos de todo, perseguidos, maltratados, solicitados a la apostasía y al prostíbulo, asesinados, crucificados, quemados vivos; y resistieron las pruebas inverosímiles, en alabanza de Cristo, Rey de los mártires.

Abren el cortejo victimal los preladados... El obispo de Barbastro, cruelmente mutilado, ofició en el cementerio una pontifical de martirio, con acompañamiento sacerdotal copioso, desangrándose, sin acabar de morir, dos horas largas...

El de Jaca consiguió ser ejecutado el último de una larga teoría de sacerdotes, para atenderles a todos cuando sucumbían, en fosas que tuvieron previamente que cavar...

"Sé que me vais a matar—decía a sus verdugos el obispo de Cuenca—. ¿Creéis que no hay cielo? Hay cielo, hijos míos. ¿Creéis que no hay infierno? Hay infierno, hijos míos... Os dejaré el cuerpo; pero el alma volará a gozar de Dios."

A los setenta y dos años de edad fué objeto de las más vergonzosas injurias el santo obispo de Sigüenza. El ensañamiento culminó en la hora final, pues lo arrojaron del coche en plena marcha, rompiéndole una pierna... Lo asesinaron en la carretera, y luego le cortaron las manos y los pies, y rociaron sus despojos con gasolina, prendiéndoles fuego...

Del obispo auxiliar de Tarragona se cuentan detalles semejantes, también espantosos.

Preso en las bodegas del "Jaime I", qué larga cadena de sufrimientos soporta el de Almería, hasta que de rodillas, y en oración, la madrugada del 30 de agosto, recibe la corona del martirio...

Y así el de Guadix, y el de Barcelona, y el de Segorbe, y el de Teruel, y el de Ciudad Real, y el de Jaén, y el Administrador-Apostólico de Orihuela, dejándonos el ejemplo de su primacía.

Diócesis por diócesis, van publicando sus dípticos gloriosos, que rezuman la más policroma heroicidad de virtudes.

Espanta, en primer lugar, el número de las víctimas. Trecentos cuarenta y nueve sacerdotes sucumben en la Diócesis

de Madrid. En la Diócesis primada de Toledo, doscientos ochenta. Pasaron del ciento en Ciudad Real. De doscientos en Oviedo. Cifra semejante en Málaga. Mucho mayor en Valencia y Barcelona...

Las familias religiosas ordenan también sus martirologios. Van en cabeza los Padres Escolapios, con doscientos setenta y siete. Siguen de cerca los Religiosos del Padre Claret, con doscientos setenta y dos. Doscientos siete franciscanos. Ciento setenta y tres Hermanos Maristas. Ciento doce Salesianos. Y Jesuitas, y Operarios diocesanos, y Paúles, y Trinitarios, y Dominicos, y Benedictinos...

Los padecimientos soportados son indescriptibles. Hay quien crepita quemándose vivo con la boca henchida de bencina, en su propia parroquia, sobre la montonera de retablos y confesonarios y benditas imágenes. Hay quien fué arrojado vivo a un pozo y aun se pudieron escuchar sus gemidos a los dos días interminables. Todos los refinamientos más sádicos, soportó aquel cura manchego de Torrenueva, expuesto desnudo al sol canicular, alimentado con salazones, privado de una gota de agua refrigeradora, a quien le mostraron un Crucifijo, provocándole a blasfemar del nombre santo del Señor, y al bendecir a Jesús y abrazar su imagen sagrada, fué con ella golpeado groseramente, hasta que le saltaron los ojos y le hicieron tragar la dentadura.

Y otro, cosido a pinchazos de aguja por sus propios feligreses, y muchos crucificados, y aquel párroco de Griens encerrado en una capilla luego incendiada, y a medio chamuscar atado a un árbol, y allí desnudado y bárbaramente mutilado, y vuelto a encender de nuevo y después rematado a balazos...

Y seminaristas sin otro crimen que su castidad, ofrecida al Santuario, y su vida escondida. Y aquellos estudiantes de Barbastro, con la Salve florecida en los labios, hasta el momento mismo de la descarga. Los treinta y tres lirios del jardín de San Vicente, esas Hijas de la Caridad, única sonrisa para tantos pobres...

Y en todos exulta el espíritu, con un gozo nunca superado en este valle de las lágrimas. Allí se iba el Superior General de los Operarios diocesanos, D. Pedro Ruiz de los Paños, aplaudiendo enardecido al Señor, "que todo lo hace siempre muy bien". Y el cura de Vallecas, D. Emilio Franco, que cantó el Prefacio de los Difuntos como un clarín de resurrección, junto a su fosa abierta en Paracuellos de Jarama. Y D. Guillermo Plaza, Superior del Seminario de Toledo, que preguntaba a los verdugos quién debía fusilarle a él, para lanzarse de rodillas a sus plantas y besarle las manos en un paroxismo de agradecimiento. Y aquel Padre escolapio, Alfredo Parte, que no podía caminar sin apoyarse en su bastón, y, privado de él, corría animoso escala arriba, en el "Alfonso Pérez", para arengar felicísimo desde cubierta...

El Santo Padre Pío XI no dudó en calificar la epopeya española con los nombres más enaltecidos:

"Todo esto es un esplendor de virtudes cristianas sacerdotales, de heroísmos y de martirios; verdaderos martirios en todo el sagrado y glorioso significado de la palabra, hasta el sacrificio de las vidas más inocentes, de venerables ancianos, de juventudes primaverales, martirios hasta la heroica generosidad de pedir un lugar en el carro entre las víctimas que el verdugo conduce a la muerte." (Discurso del 14-IX-1936.)

Y hace eco la voz augusta del Pontífice reinante cuando escribe: "Nos, con piadoso impulso, inclinamos ante todo nuestra frente a la santa memoria de los obispos, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y fieles de todas edades y condiciones que en tan elevado número han sellado con sangre su fe en Jesucristo y su amor a la religión católica: no hay mejor prueba de amor." (Radiomensaje del 16-IV-1939.)

Cuando pudiera creerse que el espíritu había sido definitivamente anegado en materia; en la época de la eficacia, de la prisa, del confort, legiones incontables prefieren el cielo a la tierra y riman, con la muerte, una vida de santidad.

Aún no está el mundo podrido. Sigamos confiando.

